

ceréis en este ambiente el del propio hogar, que se me antoja imaginar como el de la dichosas edades de antaño, cuando el amor, la justicia y la autoridad, encarnaban en un venerable patriarca de aspecto severo, de sonrisas rientes labios y de cabellos blancos.

Me cabe la honra de saludos cordiales y de ofreceros en nombre del Claustro la fiesta más simpática que él suele celebrar, de cuyo buen suceso responde la galana dicción de los que en seguida ocuparán la tribuna y cuya amenidad en gran manera es debida al asentimiento que le presta grupo tan selecto de la sociedad bogotana.

ANTONIO ROCHA  
(colegial de número)

---

## DISCURSO

DEL DOCTOR GERARDO ARIAS MEJÍA, PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES, EN UNA VELADA DEL COLEGIO

Señor Ministro, Ilustrísimo señor Obispo, señor Rector, señoras, señores:

Asistimos a una tradicional fiesta de familia, a una velada de puros afectos, a un homenaje de gratitud y sinceridad; e hicisteis bien entonces—señor vicerrector y señores profesores y alumnos que habéis organizado este festival,—en llamarme a ocupar un puesto en él, porque en actos semejantes no se exigen cualidades oratorias, ni alto nombre en las ciencias o en las artes, ni dón alguno de la mente, de todo lo cual yo carezco; pero en cambio tengo dentro de mí lo único que se requiere para tomar parte en conciertos de gratitud: corazón. Y cuando poseía yo eso único que franquea el paso hacia este sitio excelso que ocupado ha sido por varones preclaros y singularmente dignos,

mal hubiera hecho en no atender aquel llamamiento benévolo y en no vencer timideces y recelos para venir a esta noble casa, albergue constante de mi alma, a ratificar una vez más mi reconocimiento sincero hacia vos, señor Rector, mi fraternal cariño hacia el claustro todo y mi amor profundo por lo que constituye esta fábrica de civilización y de patriotismo, desde lo que más abajo está, las lucientes flores que besan las plantas del fundador augusto, hasta lo que está más alto en el orden de la materia, las dulces campanas de la capilla amada que periódicamente invitan con su tintín sonoro a rendir homenaje de filial afecto a La Bordadita y a elevar hasta Ella, que es fuente de inspiración, súplicas de prosperidad intelectual y cantos de alabanza y de entusiasmo.

Mi alma toda, ya lo he dicho, está aquí en esta mansión de sabiduría y de sacrificios. Aquí viví por muchos años; aquí mi mente buscó meta; aquí mi espíritu fue adoctrinado vigorosamente en el bien, en la virtud y en el deber; aquí aprendí a amar altos ideales de justicia; aquí me enseñaron lo que fue aspiración constante del arzobispo fundador: a ser caballero, y lo que fue anhelo ardoroso del Libertador Simón Bolívar: a ser buen ciudadano. Y en condiciones tales, sé muy bien lo que este Colegio vale ante el pasado, y sé también lo que vale ante el porvenir, noble casa, casa mía, mía por el afecto, mía por adhesión firme de la mente, mía porque en tus puros ámbitos vagó por mucho tiempo el espíritu de mi santa madre, ora vigilante y ansioso, ya en plegaria rendida por varios de sus hijos que aquí tomaron puesto.

Todo momento de la historia nacional está aquí, radiante y vivo. Estos claustros venerandos son la síntesis luminosa de la historia colombiana. Decir de su grandéza, hablar de los sacrificios de que fue testi-

go, enumerar sus hijos magníficos que serenamente ascendieron al patíbulo, rememorar las hazañas de sus próceres y las obras admirables de sus sabios, hacer el recuento de sus tradiciones legendarias, proclamar las virtudes de sus libertadores y catalogar sus victorias y sus reveses, es exponer ante vosotros, estudiantes que me escucháis, algo que estáis palpando, todo lo que estáis viendo, el ambiente que satura estos lares, la vida toda que hoy estáis viviendo. Aquí sí que es cierto que los muertos mandan. Y esa historia de Colombia, que es el Colegio mismo de fray Cristóbal de Torres, y que es hasta el aire que respiráis, está modelando insensiblemente vuestro espíritu y conduciéndoos hacia finalidades de bien y de patriotismo. Por eso sois vosotros esperanza de la República.

Pero no quiero hablar ahora del Colegio del Rosario en el viejo pasado, tarea agobiadora para mi debilidad, e imposible, por tanto, de acometer dignamente, porque sería hablar de tus excelencias, Patria cara, y

temo profanar tu nombre santo.

Quiero hablar un poco de este Colegio ante el porvenir, y de su historia moderna.

Algo como un hondo malestar social domina en los campos del espíritu. Serias preocupaciones invaden la mente de quienes en este país ansían el reinado de la justicia que es paz, y el predominio de las ideas católicas, que son luz de civilización. Una inquietud por el futuro, que no es propiamente el anhelo de alcanzar orientaciones éticas definitivas, sino el temor de caer en fatales desvíos, acongoja el alma de quienes honradamente se preocupan por la suerte de esta tierra libre.

Es que quizá no está en firme el basamento de la prosperidad nacional; es que algo como una fuerza des-

tructora mina los más nobles ideales de civilización; es que, para decirlo de una vez, en este país no marcha bien la educación, que es cultivo de la mente y de las aptitudes morales, sin la cual todos los campos de la actividad humana darán solamente frutos endeble y desfallecidos, y sin lo cual aquellas concepciones magníficas tendrán vida precaria.

La educación moral no prospera lo debido entre nosotros. Esa educación, que consiste para el hombre en saberse gobernar a sí mismo, en tener alta noción del deber, en el desarrollo de los sentimientos patrióticos, en saber amar la virtud y el bien, está descuidada en este país, y a penas sí se la enuncia en la mayor parte de los establecimientos de enseñanza como frase llamativa de los programas y prospectos.

Y todo porque en esos establecimientos va desapareciendo la disciplina racional, fundamento necesario de cualquier sistema educativo; porque el principio de autoridad se está practicando al revés: mandan los alumnos; porque se ha olvidado que el carácter vale más que la ciencia, y más que ambos vale la moral; porque la juventud, en sus justos anhelos de progreso, está suelta, no tiene orientación, no tiene brújula y ha perdido la voluntad para lo serio. Y sin disciplina, sin autoridad, sin moral y sin voluntad firme, no hay educación, no puede haber hombres de sanas iniciativas, reflexivos, amantes del deber y del honor, de cualidades viriles y de concepciones poderosas; pero en cambio aquellas deficiencias producirán espíritus falseados; soñadores superficiales sin el sentido de las realidades humanas; magnates improvisados que a las primeras de cambio niegan a Dios como un triunfo máximo aunque con ello renieguen de limpias ejecutorias de familia y hagan morir de pena la madre; discutidores orgullosos

que en su afán de hacer viso adulan y se abajan hasta el servilismo.

Y antes de seguir debo hacer la manifestación explícita de que mi espíritu no se alarma por los progresos humanos, ni opta por el estancamiento en los campos de las ideas; no: el mundo marcha, lo sé, y nada será capaz de contener las arremetidas de la civilización. Y la juventud no puede en sus ideales quedarse a la vera del camino, estática y decepcionada. Pero, señores, es preciso buscar puesto entre una quietud enfermiza y la revolución demoledora; y ese medio racional es la evolución metodizada, serena y presidida por el estandarte de la República y por la cruz del Calvario. Pero en este país nuestro es muy difícil que se tomen posiciones medias, que son las seguras: fatalmente se marcha a extremos maleantes y perniciosos. Y a uno de ellos va la juventud de las aulas.

Porque dentro de una evolución parcimoniosa y gradual, que es progreso firme, no se conciben las huelgas estudiantiles, ni las campañas de tribuna y de prensa contra profesores a quienes se obliga a abandonar sus puestos, ni el predominio de las ideas de los estudiantes sobre el querer reglamentario de los maestros, ni las asambleas con ribetes de jacobinismo en que no se hace otra cosa que fomentar el espíritu político, ni actuaciones que pongan en dificultad al Gobierno mismo y en alarma al país. No. Esto indica solamente falta de timón en la nave de las ideas; indica que la juventud no tiene conductores vigorosos y prudentes que la guíen sin tropiezos en sus anhelos generosos; indica que no se vigoriza el espíritu de esta raza nuestra, raza intrépida, valerosa, de puros ideales de virtud, noble en sus aspiraciones y rica en realizaciones grandiosas, llamada por tanto a muy altos destinos el día en que se abandonen ciertos caminos deleznable.

e inseguros que llevan a la superficialidad y al desorden.

No hace mucho tiempo, el siete de marzo postero, presencié Madrid un espectáculo grandioso y de avasalladora majestad: el joven rey, vestido de marino para aparentar aún más juventud, recorría las calles de aquella metrópoli española, seguido de miles y miles de estudiantes que lo agasajaban y vivaban en loco entusiasmo, después de haber salido de una ceremonia religiosa en la cual se dio gracias al Todopoderoso por los favores concedidos a la juventud de las aulas. La jovialidad del soberano y su modesto uniforme que lo confundía con los estudiantes, cautivaban la atención del numeroso público y llevaban al delirio la alegría de la juventud estudiosa, que acompañó luego a su rey hasta el palacio. Así se realizó una de las manifestaciones españolas más bellas y trascendentales.

Pasado esto y una vez que los estudiantes estuvieron por largo rato entregados a juegos de *foot-ball* y a otras distracciones civilizadas, se reunieron en Asamblea y decidieron por unanimidad:

Dar gracias a los ministros de instrucción pública, fomento y trabajo, por sus reales órdenes en que se fijó fecha para la fiesta que se celebraba.

Pedir que a los estudiantes que están en filas se les permita presentar exámenes dentro de ciertas excepciones.

Solicitar que los títulos de los médicos extranjeros se regulen de acuerdo con el pensamiento de las clases médicas españolas.

Trabajar porque se dote mejor a las universidades, dentro de la capacidad del erario público.

Pedir que sea obligatoria la religión en la segunda enseñanza.



Ver que se construya cuanto antes el hospital clínico de la Universidad de Granada, y otros puntos.

Entusiasma el espíritu ver cómo los estudiantes de la madre España dedican sus ratos de ocio a cosas de tanto mérito como las enunciadas.

Y de qué fiesta tan trascendental se trataba, que el rey tomó parte en ella, que dio motivo a reales órdenes y que terminó con una asamblea en que puntos tan sustanciosos e importantes se dilucidaron y definieron? De la fiesta del estudiante.

Aquí tenéis el entusiasmo de la juventud española, organizado y productivo, hecho acción social.

Y aquí, qué se hizo? No tengo necesidad de decirlo, porque esa fiesta acaba de pasar. Hubo una nota simpática: la reina de los estudiantes. Pero debo manifestaros mi desconsuelo cuando por las calles de esta ciudad delicada y gentil, civilizada y pulcra vi estudiantes vestidos de mujer y vi que se hacía mofa de los ministros de una religión que es la de la casi totalidad de los colombianos.

Aquí tenéis el entusiasmo de la juventud colombiana, desorganizado e improductivo, fruto sin duda de una deficiente educación moral y de extravíos ideológicos.

Y es preciso decir una dolorosa verdad; la responsabilidad mayor en todo esto radica en los directores de esa juventud, en los individuos a quienes el Gobierno ha encargado de la educación pública.

Un solo dato basta para llevar al ánimo la convicción de que no se hace obra perdurable en este país. El criterio de progreso que domina en casi todos los educadores oficiales, es el del aumento del número de educandos. No hay preocupación sino por esto: que los guarismos de alumnos, de maestros y de escuelas sean mayores cada día. Criterio errado sin duda porque

la finalidad patriótica debe estar en la profundidad de los estudios por medio de sistemas eficaces, locales adecuados, sueldos altos a los educadores, selección de éstos, higiene escolar, etc. De manera que el programa debiera ser: recortar extensión para aumentar intensidad. Y si los orígenes de la educación están viciados, pues que hasta la mayor parte de las normales han sido cerradas, el engranaje educativo lo está también, y es preciso, para salud de esta patria amada, buscar remedios con resolución y firmeza, con optimismo y constancia, con fe y pulso firme, principiando por ver cómo se extingue ese hirviente espíritu político que hoy domina en el gremio estudiantil, de manera tan preocupante que ya no le deja campo para acometer tareas de provecho. Y bien difícil es en verdad hacer volver al cauce energías disgregadas y mal orientadas, máxime cuando en las mismas memorias de ministros del despacho ejecutivo se leen cosas y se expresan ideas que desalientan y llenan el alma de pavor y de desconsuelo. Pero no obstante, os invito a tener confianza en días de ventura.

En esta confusión de doctrina precisa buscar un puerto de resistencia, en donde no encuentren campo propicio los aires inficionados y las deficiencias que he enumerado. Y esa seguridad se halla en unos pocos establecimientos de educación, entre los cuales está como principal este Colegio, manejado por el esclarecido varón a quien estamos festejando. Este Instituto es un depósito sagrado de sabiduría, de patriotismo, de puras doctrinas y de glorias proceras. Toda la tradición nacional, vibrante y pura, almacenada está aquí, y vosotros, estudiantes que me escucháis, la estáis asimilando. Aquí no se respirará ese aire maleante de otras partes, ni aquí pueden penetrar aquellos peligros que he enunciado, porque la organización del Establecimiento, su estruc-

tura moral y la competencia de los dirigentes son barrera infranqueable contra ese espíritu de superficialidad y de revolución. Esta es escuela segura de honor, de dignidad y de decoro. Aquí se os enseña a ennoblecer el destino y a vencer en la lucha. Aquí se os dan armas suficientes para el triunfo, y sólo os toca manejarlas con mano firme y no abandonar en ningún momento el puesto de resistencia a que por educación estáis obligados. Y como, si sois caballeros, debéis ser gratos, obligados estáis para con el Colegio en todo momento. Mas no creáis que esa gratitud consiste en recordar los claustros y en hablar bien de ellos; esto es mucho pero no es todo: consiste esa gratitud en la fidelidad a que estáis obligados hacia las doctrinas que aquí se profesan; consiste en practicar a toda hora los principios y las ideas que aquí se han enseñado; consiste en que os diferenciéis de aquellos discutidores vanos de que ya os hablé, que como título óptimo reniegan de Dios; consiste en que practiquéis la moral de la solidaridad y de la cohesión, y por sobre todas las cosas consiste en que améis la Religión que dio valor y ánimo a los libertadores de la Patria que aquí vivieron y que por ésta murieron.

Se abre para el país una nueva era de progreso, a virtud de la expansión económica que se avecina. Y ese progreso no será cosa duradera mientras no corresponda a uno igual en el campo de las ideas. A vosotros toca, estudiantes del Rosario, orientar esta nueva vida de prosperidad, y hacer fuerza contra todo lo que sea negación de ella. Y toca a este plantel, génesis de la República, realizar hoy una tarea más meritoria y delicada que la llevada a cabo antaño, cuando había más paz en los espíritus y más confianza en el porvenir.

Antes de terminar, estudiantes del Rosario, cómo no deciros unas pocas frases de la historia moderna de nuestros claustros, aunque hiera la modestia del varón ilustre que hoy lo regenta y que en todo tiempo ha huído de los galardones humanos? Cómo no deciros, sin que en esto haya nada de paradójico, que por modo maravilloso este Instituto cuenta con tres fundaciones durante el rectorado de este preclaro sacerdote, trasunto fiel de todas las virtudes y merecimientos de sus ascendientes proceros, y de todas las excelencias que estas arcadas han protegido por siglos y siglos? Cómo no deciros que si se estudia a fondo su fecunda vida, nuestro Rector resulta sin par en la ejecución de obras patrióticas y trascendentales? Cómo no mostraros siquiera una ceja de luz de ese campo de realizaciones incomparables iluminado por quien es sol en el horizonte espiritual de Colombia?

En 1891 nuestro Rector entró a laborar en este Colegio en donde encontró muy pocas cosas para la enseñanza: ni útiles, ni asientos suficientes, ni libros, ni aun los enseres más usuales, ni edificio adecuado. Aquí no había sino deficiencias, agravadas por la falta de autonomía del Instituto. Eso sí, la fisonomía moral de éste estaba latente, porque la Bordadita hace centinela a toda hora y porque el alma perfumada de una época heroica vaga en los claustros rosaristas. Y a poco éstos alcanzaron comodidad, abundancia, progreso, grandeza, a virtud de los esfuerzos casi gigantescos de un sacerdote admirable que dedicó todos sus empeños, toda su poderosa inteligencia y toda su juventud a sacar casi de la nada lo que amaba entrañablemente. En cortos años este Colegio, ya con autonomía, con organización suficiente y con nuevos rumbos, vino a figurar como el mejor del país, recobró su fama y reivindicó su historia.

Con las postrimerías del pasado siglo llegó la asoladora guerra civil de tres años que enlutó el país de modo pavoroso. Y estos claustros florecientes fueron ocupados casi a sorpresa por los batallones del Gobierno, que nada dejaron en pie de lo que a costa de tantos sacrificios y esfuerzos se había levantado; ni muebles, ni libros, ni cuaderno, ni vajilla, ni puertas siquiera. Todo fue arrasado inmisericordemente, y en este sitio no quedaron sino escombros. Concluída esa guerra, el sacerdote luchador emprendió de nuevo la tarea reconstructora, abatida el alma por tanta miseria pero con el ánimo firme y resuelto. Y no pasaron muchos años sin que este plantel hubiera vuelto a su esplendor y hubiera recobrado todas las fuerzas perdidas. Con el aditamento de que, como para dar satisfacción a la memoria inmaculada de los ilustres repúblicos que aquí vivieron, surgió como de la nada otro claustro, asiento de la Facultad de Derecho, y se situó en el centro de estos arcos, para vivir allí perpetuamente como protesta, como estímulo y como guía, el bronce apacible y sereno del primitivo fundador que en una fecha feliz dio vida a este monumento de civilización cristiana.

Mas vino otro día de prueba para la constancia y el patriotismo del sabio sacerdote: una serie de temblores de que vosotros tenéis recuerdo fresco, arruinó la parte principal del Colegio, en forma tan grave que hubo necesidad de interrumpir el internado mientras se levantaba de nuevo el edificio, para completar así la tercera fundación de que os he hablado. Y ese sacerdote no desmayó: con celo, con redoblado interés, con amor, con fe sincera, emprendió otra vez la brega, hasta llevar a cima esta obra maravillosa, síntesis de la sabia leyenda que ostenta nuestro escudo: *Nova et vetera*. Aquí está lo antiguo: tradiciones, historia viva, belleza arquitectónica, en una palabra, el sér moral del viejo

Rosario; y aquí está también lo moderno, resultado de fuerzas poderosas de civilización a que no es posible ni conveniente resistir.

Y tenéis ahí, después de tres jornadas heroicas, lo que hace treinta años no existía: constituciones más flexibles y amoldadas a la época, autonomía, Facultades, claustro nuevo, bellísima capilla, estatua del fundador, biblioteca moderna, salones lujosos, comodidad por todas partes, diez y ocho tomos de una REVISTA que hace honor a la América y que por sí solos bastan para acreditar una reputación en el mundo de las ideas, y mil cosas más que no se concibe cómo son el producto de un hombre, si no es que se trata de un hombre excepcional que no tiene pares. Y pensad bien que os estoy hablando de lo que ese sacerdote privilegiado ha realizado aquí en nuestros lares; averiguad lo que hace por fuera para que os asombréis más.

Ese hombre, ese sacerdote sin igual es el patricio que estamos festejando así sencillamente, sin opulencia y sin brillo externo, como cumple a un amigo, al maestro, al ministro de Cristo, modestos títulos, que nuestro Rector prefiere a los de sabio, filósofo, humanista, orador, académico y otros con que la fama lo señala por doquier.

Ved pues, jóvenes amigos míos, que os debéis sentir orgullosos de tener por Rector a quien sin duda ha realizado en este país la más formidable obra que concebir puede una mente, y ved también cómo este noble Instituto tiene títulos y vigor para ser en todo tiempo una egida bienhechora y segura.

Y lo será, porque a la sombra de estos aleros señoriales, testigos mudos de la más potente gestación republicana, reina la Bordadita; porque en los ángulos vibradores de este plantel, que repiten el eco misterioso de muchas generaciones de hombres buenos, hacen

guardia de honor las ánimas complacidas de Caldas, Torres, Girardot, Maza, Deluyar, Castillo y Rada, los Caycedos y mil más; y porque esta nave blanca, que asolea en sus altos mástiles el pabellón tricolor y el estandarte de Cristo, está manejado por un experto: monseñor Carrasquilla.

Octubre 23, 1922.

---

### POR QUE EL DOLOR?

¿Por qué el dolor? ¿Para sufrir nacimos?

¿La vida que vivimos  
puede llamarse tal? Menguada vida  
la que corre entre lágrimas y en tanto  
que se cura una herida,  
otra encontrar más honda y dolorida!

Lloramos al nacer, la vida es llanto;  
lloramos al morir, la muerte es duelo.

¿Por qué el dolor? por qué? . . . tal es el grito  
que lanza al infinito  
la humanidad, interrogando al cielo.

Sangre del alma, que quedó en pedazos  
en las zarzas punzantes,  
marca la senda del vivir, tan larga;  
miseros caminantes,  
marchamos anhelantes  
doblados bajo el peso de la carga.

¿Por qué el dolor? . . . El hombre, enloquecido,  
al sentirse en sus redes prisionero,  
con el aborrecido compañero  
de su vida infeliz, entra en batalla;  
y lucha enfurecido;  
y le maldice airado;